

tampoco le fué reconocido una ilimitada amplitud y omnipotencia, puesto que siempre limitó su esfera de acción por la doble empalizada de la lógica y de la «naturaleza de las cosas», que Kaufmann califica de «cuerpos extraños en la dogmática de Binding». La entonces «moderna» doctrina de aunar el positivismo y el naturalismo, de que fuera portavoz Von Liszt, tuvo en Binding uno de los más irreconciliables enemigos. Su positivismo fué, ante todo y sobre todo, logicismo, en base a una «propia» lógica jurídica, esto es, normativa, la *Normlogik*, mediante la cual es posible llegar a la comprensión de las últimas estructuras de las instituciones, sentando de este modo las bases de la dogmática.

Llegados con esto al punto final del laborioso y profundo trabajo de A. Kaufmann, quizás no es impertinente sacar como suprema enseñanza del pensamiento de Binding la absoluta compatibilidad, mejor aún, la precisión, de aunar lo filosófico a lo estrictamente jurídico, que cierto «tecnicismo dogmático» italiano pretende desde Rocco divorciar. El ejemplo de Binding, como antes los de Ihering y Savigny, que con él forman la insuperable trilogía de la ciencia jurídica alemana del ochocientos es otra prueba más de que la filosofía es el mejor sustrato para la edificación de una poderosa dogmática.

A. QUINTANO RIPOLLÉS

KRUEGER, Félix: *Zur Philosophie und Psychologie der Ganzheit*. Schriften aus den Jahren 1918-1940. Berlín, Göttingen, Heidelberg. Springer Verlag. 1953. 348 páginas.

La obra literaria de F. Krueger (1874-1948) comienza ya por el año 1900. Una parte importante de ella, dispersa en artículos y conferencias, ha sido recogida por sus discípulos en este tomo que contiene, a más de una Introducción del editor Eugen Heuss, nueve trabajos de desigual extensión y contenido, pero centrados todos en el tema de la totalidad psíquica, especialidad de K. Son estos trabajos: I. *Über psychische Ganzheit* (publicado en 1926). II. *Der Strukturbegriff in der Psychologie* (1923). III. *Erlebniszanzheit und seelische Struktur* (1930). IV. *Das Problem der Ganzheit* (1932). V. *Die Tiefendimension und die Gegensätzlichkeit des Gefühlslebens* (en el *Festschrift*, Homenaje a los setenta años de J. Volket), 1918, refundido en *Nekrolog auf Johannes Volket* (1930). VI. *Das Wesen der Gefühle. Entwurf einer systematischen Theorie* (1928). VII. *Gefühlartiges im tierischen Verhalte*. VIII. *Der strukturelle Grund des Fühlens und des Wollens* (1936) y IX. *Entwicklungspsychologie der Ganzheit* (1939-40).

Krueger, sucesor de G. Wundt en el Instituto de Psicología Experimental de Leipzig desde 1917 hasta los tiempos del nazismo, puede pasar por uno de los pensadores más representativos de nuestro tiempo. En Estrasburgo, Berlín y Munich recibió su formación en contac-

to con todas las corrientes del último cuarto de siglo, Neokantismo, positivismo, historismo (Windelband, Ziegler, Paulsen, Dilthey, Lipps), y, sobre todo, percibió de cerca el influjo de G. Wundt, trabajando junto a él en Leipzig desde 1897. Krueger es, ante todo, como su maestro, un psicólogo. Pero su psicología significa un avance considerable sobre las grandes figuras del tiempo (Weber, Fechner, Wundt mismo). En manos de los biólogos y científicos del siglo llegó la Psicología a desprenderse de toda filosofía y metafísica para convertirse en una ciencia natural más, con sus mismos métodos. Los resultados de este método científico no fueron despreciables, en el orden de registrar y clasificar hechos, si bien la marcha se vió enormemente más dificultada en este que en otros campos, pues los hechos psíquicos se resistían a entrar en moldes mecánicos y regularidades matemáticos. Cada vez se advirtió más lo insuficiente y artificial de semejante método. Krueger dirá en 1928: «para comprender psicológicamente semejantes hechos (psíquicos, concretamente del orden del sentimiento estético-musical), hay que liberarse del fenomenalismo dogmático que en el siglo XIX, según un falso modelo de la Física, ha contraído la Psicología científica. Es preciso tener finura espiritual para captar formas permanentes de lo psíquico, y, al menos hipotéticamente, retroceder a las condiciones disposicionales del vivir, y finalmente a sus complejos estructurales, es decir, a la totalidad operante del alma y del organismo» (pág. 217). Krueger supera así el atomismo psicológico por la vía única posible, la abertura a la metafísica. Nadie como él acentúa la necesidad de que a toda especulación (*Erklärung*) proceda una descripción (*Beschreibung*), lo más científica posible, pero será, según él, descaminado quedarse en una *Psicografía* ahogando en ella a la *Psicología* (Introducción, pág. 13); Krueger va hasta aquello que hay de suprahistórico en un mundo de lo histórico, al Lógos anímico, no prendido a lo individuo, ni a cronología ni topografía. Se hace eco en esto del concepto trascendente y cósmico que tiene Fechner de lo anímico. Su psicología se hace en todo caso ontología y metafísica, y rebasa claramente las posiciones de Wundt, encerrado en el valor estructural y sintético-creador de lo anímico, como lazo de unión de lo individual, social e histórico, pero sin una base substancial; para Krueger, en cambio, el alma es substrato de todos los procesos psíquicos, sujeto substancial de todas las propiedades anímicas, tronco firme de toda esa evolución psíquica que tan brillantemente desarrollaron Dilthey y Wundt.

El núcleo del pensamiento de Krueger es la *totalidad psíquica*, que domina y explica los otros dos conceptos de estructura y evolución. Para comprenderlo (ese todo psíquico) «precisa una consideración más que estática, más que morfológica; el dinamismo de la vida anímica está accionado por un ímpetu hacia la totalidad de la vivencia, hacia su conservación, recuperación y crecimiento ascendente. Las formas vividas, las estructuraciones psíquicas, son en su conjunto esencialmente dependientes de los principios de la totalidad psíquica» (pág. 121).

Este principio de la totalidad psíquica será el núcleo de explicación, no sólo del acontecer psíquico individual, sino también de los fenómenos sociales y culturales de la historia humana (también Dilthey y Wundt recurrieron a este hogar psicológico para iluminar el acontecer histórico; ya sabemos cómo las bases de explicación de Krueger son más fundamentales, por más resueltamente metafísicas). «La investigación de las estructuras biológicas, psicológicas y sociológicas necesitan de una mutua cooperación. En común están sometidas al principio de conservación de la totalidad» (pág. 122); «la totalidad es, finalmente, el principio supremo de toda evolución» (página 123).

El análisis de los hechos de la cultura lleva a planteamientos que rebasan la Psicología, que tienen en último término que resolverse en la filosofía y en la metafísica (pág. 165).

Dentro de la psicología de la totalidad, Krueger ha cultivado particularmente, como especialidad suya, el campo del sentimiento; aquí ha cosechado sus mayores méritos con sus penetrantes análisis y profundas concepciones. El sentimiento es para él el centro de aquella totalidad psíquica, superando en esto la teoría gestáltica, que mira más al complejo perceptor. En el libro que presentamos puede leerse su más fundamentado estudio sobre el sentimiento, *Das Wesen der Gefühle* (Esencia de los sentimientos. Esbozo de una teoría sistemática). En el tercer apartado de dicho trabajo relaciona el sentimiento con la totalidad psíquica; considera en ello, primero, la totalidad del vivir, luego las varias conexiones y complejos funcionales, entre ellos la universalidad de los sentimientos, su riqueza cualitativa (aspecto acaso el más típico de los análisis kruegerianos), su variabilidad, efecto reductor del análisis respecto de la totalidad de vivencia y la preponderancia del todo; finalmente aborda las formas permanentes de la vida y la estructura psicológica.

Si Krueger no se detiene en el análisis, que maneja por lo demás con la perfección de la escuela de Wundt, sino que integra su bagaje experimental en una concepción filosófica y metafísica del alma, y a través de ella del cosmos, hasta alcanzar a veces posiciones escolásticas, también busca y halla en la historia de la Filosofía conexiones interesantes y profundas con sus personales teorías, conexiones que se complace en subrayar (ver, por ejemplo, págs. 41 y 60); el conocimiento reflexivo de la historia le es tan familiar como a Dilthey, si bien en menor extensión. Ha notado la afinidad de su visión unitaria de lo anímico con la mística alemana, con la teosofía de Böhme, con la monadología de Leibniz, con Kant, Herder, Schiller, Hegel, Schopenhauer, y con todo el clasicismo y romanticismo alemán en general. No falta, incluso, la alusión, más allá de lo moderno y de lo medieval, a la profunda concepción «totalista-teleológica» de Aristóteles, de quien es el principio básico de que «el todo es anterior a las partes» (ver en el libro referencias aristotélicas, págs. 73, 157, 222, 335); ya Hegel explotó esta cantera aristotélica para su visión organológica y evolutiva de la realidad.

Pero, sobre todo, ha insistido Krueger en su afinidad con Kant. Puede decirse un verdadero descubrimiento de Kant, porque la revelación kantiana de Krueger incide precisamente en un punto desatendido por los neokantianos del tiempo, a saber, en la *Crítica del Juicio*, «la más profunda y culturalmente más fecunda de las tres Críticas» (pág. 41). Quizá nadie como Krueger ha percibido la función unitaria de la tercera filosofía de Kant, «profundo conato de unir naturaleza y espíritu... que desemboca finalmente en una teoría general de lo orgánico» (pág. 59); pero más interesante aún que la conexión de objetos o términos del empleo humano en las Críticas de Kant es la idea, que en el fondo domina y guía, de que «el alma misma, en la multiplicidad de sus facultades, posee una estructura unitaria» (pág. 59), y esta función unitiva está asignada precisamente a esa facultad del «sentimiento» (*Gefühl*), facultad desgajada por Kant, lo mismo que la razón especulativa y la razón práctica, del mundo y proceso del acontecer sensible mecánico, externo e interno (apetitos individuales), como una facultad especial, originaria, en sí cerrada, de la que emanan vivencias *sui generis*, marcadas con cualidades de totalidad absolutas, peculiares (pág. 165).

Indudablemente, Krueger ha iluminado, en la diagnosis psicológica de Kant, aspectos ocultos quizá al mismo Kant, pero que pueden derramar luz para comprender la «totalidad» de su pensamiento, y para valorar el sentido radicalmente «antropológico» y vital de su filosofía, aparentemente anegada tantas veces en los artificios constructivos de cada una de las Críticas tomadas por separado. El foco de toda la sistemática humana de Kant, más real que consciente, sería justamente aquella tercera zona, la última en el tiempo en su atención filosófica, la del sentimiento, la que viene a dar figura y contorno «orgánico» a un mundo mecánico y ciego construido por el entendimiento, prestándole la luz del fin y de la espontaneidad reservada para el mundo del deber, y anudando así, en una actitud sintetizante, bañada de tonalidad de sentimiento, contemplativo y estático, la doble dirección humana del entender y del querer.

LUIS MARTÍNEZ GÓMEZ, S. I.

KUHN, Helmut: *Begegnung mit dem Sein*. J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, Tübingen, 1954, 225 páginas.

Otto Friedrich Bollnow se plantea en un breve artículo (1) el problema de la superación del existencialismo. Bollnow parte de la convicción de que la crisis del hombre que el existencialismo ha puesto de relieve, no ofrece duda alguna y que, por lo tanto, como no es posible silenciarla o inclusive esquivarla, lo que sí es menester es superarla. Bollnow indica tres elementos imprescindibles para po-

(1) *Das Problem einer Ueberwindung des Existencialismus*, en «Universitas», Stuttgart, 8. Jahrgang, Heft 5, mayo de 1953, págs. 461 a 471.